

Una mentira despiadada

El extraño y constante tintineo de las campanas no cesaba. En ese mismo instante sabía que ya nada sería como antes. Me dirigí a las puertas de mi iglesia, San Andrés, para contar a los feligreses y demás pobladores para que todos estuvieran a salvo del ataque de aquellos bárbaros musulmanes. Ya me había avisado el Obispo Teodomiro de que cada día avanzaban a pasos agigantados y nada ni nadie era lo suficientemente fuertes para detenerles.

Puse rumbo al altar donde procedí a calmar y pedir paciencia, ya que al orar todos juntos estaba seguro de que Dios nos ayudaría y protegería de esos ataques y en la posterioridad vencerles. Pero solo ayudó a retenerles un tiempo, pues desde la torre podía ver como Calagurris entera estaba saqueada y habían dejado a varios vigilantes y un campamento se había instalado a las afueras. Lo único que quedaba totalmente en pie era la iglesia y varias construcciones romanas.

Fueron pasando los días y el aburrimiento me llevó a leer los antiguos manuscritos para copiarlos en el *scrptorium* cuando me percaté de la presencia de unas figuras geométricas bastante peculiares y organizadas. Al prestarles más atención me di cuenta de que aquel documento eran los planos de la iglesia. Me detuve para inspeccionarlos más a fondo, extrañado, me fijé en una compuerta que daba a una cámara desde detrás de una de las imágenes de la parte inferior izquierda del retablo. Este habitáculo contaba con una fuente. Esta era abastecida por un desvío del acueducto Alcanadre-Lodosa.

Me dispuse a explorar aquella estancia para comprobar si la fuente se encontraba aún en funcionamiento, así que cogí una de las antorchas y la encendí con una delicada llama de una de las velas del candelabro. Afortunadamente, la fuente seguía funcionando correctamente, pero con un caudal casi mínimo. Esta tenía un sistema de vaciado que conectaba con unas tuberías que salían al Cidacos. Después del sermón de la misa me dirigí al púlpito y relaté detalladamente mi aclamado hallazgo que nos devolvía las fuerzas y esperanzas para superar la situación, ya que al menos teníamos una fuente de hidratación y no moriríamos de la presencia casi inexistente de esta.

Empezamos a hacer turnos para que la gente que ya había bebido se quedara iluminando el pasadizo para los que no les había llegado el turno. Yo me quedé en la cámara inspeccionándola más detenidamente cuando me percaté de que la boca de la fuente, una cabeza de león de bronce bañada en oro tallada a mano, se podía desplazar por un complejo mecanismo de engranajes. A través de esta y ascendiendo cuidadosamente por la tubería ya

que el agua había propiciado la aparición de algas resbaladizas, los rayos de la superficie me acariciaron suavemente con el amanecer. Me encontraba en uno de los canales de regadío de las huertas.

Con varias telas que tomamos, replicamos los ropajes de los vigilantes con los detalles que vagamente distinguíamos desde la distancia y así poder explorar la superficie pasando medianamente desapercibido. Me dirigí a una de las huertas en busca de algunos frutos fáciles de cargar en un pequeño saco, cuando me encontré a una bella joven musulmana de facciones perfectas, una melena oscura como el azabache y ondulada replicando las delicadas olas del mar al atardecer y unos ojos verdes penetrantes más brillantes que la esmeralda más cotizada. Me sonrió, cogió una flor y se marchó.

Regresé antes de que fuera muy tarde para no arriesgarme a ser visto por los vigilantes con la comida necesaria para no morir de hambruna y seguir un día más en pie con las energías mínimas para no desmayarnos. Empecé a frecuentar más el huerto cuando me avisaban desde la torre que no había ningún peligro y la joven siempre me respondía con una de sus características sonrisas que me llenaban el alma, hasta que un día se me acercó y me susurró unas palabras ininteligibles para mí.

Fueron pasando las semanas y Calagurris seguía estando asediada por los Banu Qasi. Todas las tardes me quedaba un tiempo con ella para que me enseñara su idioma, hasta el punto en que me podía defender bastante bien en aquella lengua tan lejana a la mía y lo que empezó como una clase se convirtió en amistad y de la amistad fue floreciendo lentamente en una relación.

Mientras tanto, no podíamos seguir en esa situación para siempre y debíamos hacer algo para que volviéramos a ser libres y pudiéramos regresar para reedificar nuestras casas y comercios. Empezamos a planear cómo podríamos salir de esa estresante situación ya que los guardias estaban cada día más enfurecidos y no sabíamos si iban a cambiar su manera de actuar. Ellos no sabían qué hacer para sacarnos de la iglesia, pues las puertas habían estado resistiendo muy bien para su desgracia y no parecían ceder a corto plazo y no les beneficiaba quemarnos vivos ya que perderían mucha mano de obra que trabajaría esas tierras para ellos.

El primer punto de nuestro plan trataba de dejar inconsciente a un guardia que se distrajera un tiempo mientras estuviera solo para robarle la ropa e intercambiarla con la que nosotros habíamos tejido a mano para asegurarnos de que no hubiera ninguna sospecha sobre mí.

Ese vigilante se parecía un poco a mí, así que al día siguiente me infiltré en su campamento y con la cabeza abajo evitando contacto visual para no levantar sospechas me hice pasar por él con la excusa de que me había parecido ver a una persona entre los troncos del frondoso bosque a las orillas del río y cuando la perdí de vista, también lo había hecho yo y no supe regresar.

Jasmine, que así se llamaba la joven, pudo facilitarme las cosas y poco a poco iba robando todas las armas de guerra que tenían, ya que, al no dar señales de vida, no pensaron que las necesitarían en un futuro cercano. Después, la escondía entre mis ropajes y disimuladamente las iba escondiendo bajo la puerta del Planillo de San Andrés.

Así, poco a poco íbamos haciéndonos más fuertes. Un día, quedé con Jasmine y le confesé que quería pasar el resto de mi vida con ella, que cuando todo aquello acabara y expulsaran a los musulmanes, se quedara conmigo para formar una familia y vivir en la tranquilidad del campo a las afueras de la ciudad.

Seguí haciéndome pasar por el guardia para aprenderme todas y cada una de las rutas de cada vigilante, a qué horas, qué días, sus movimientos, sus descansos, etc. Al fin, llegó el día, el día en el que podríamos volver a respirar libremente. Era muy de madrugada. Salí en una de mis rondas de vigilancia y esperé el momento exacto donde quedaba solo y los demás guardias estaban algunas calles más abajo cuando di luz verde para que la gente saliera por el túnel secreto y se armaran con mi botín de la armería y nos dirigiéramos al campamento.

Muy sigilosamente accedimos a este y nos introdujimos en estos para que ningún guardia se percatara de nuestra presencia y avisara a los demás del ataque que estábamos realizando. Nos dividimos en grupos y cada uno se dirigió a una tienda de campaña donde varios guardias descansaban. Pero para nuestra sorpresa, allí no había nadie. Lo desmantelamos entero, pero no había ningún signo de actividad reciente.

Entonces empezamos a escuchar unos gritos desde fuera que traduje como “ya los tenemos, han caído en nuestra trampa”. Aún no habíamos conseguido asimilar la situación al completo cuando al salir de las tiendas de campaña, una multitud de guardias y militares nos rodeaban.

No podía explicarme como había ocurrido aquello. Entonces, una persona iba acercándose entre la gente muy lentamente, la tensión, la incertidumbre y el miedo eran palpables. Era Jasmine, pero no era como la encantadora Jasmine que recordaba, esta vez tenía una mirada firme y segura y una macabra y malévola sonrisa.

Ella era la hija del comandante de guerra y le informaba todos y cada uno de los puntos de nuestro plan y los escondites. Primero, envenenaron el agua, pero este veneno solo nos debilitaba para que no tuviéramos posibilidad alguna de hacerles frente.

Luego, ponían alimentos perfectos por fuera, pero en no muy bien estado por dentro para que enfermáramos con ayuda del veneno ya mencionado. Entonces, cambiaron la hoja de las espadas por otras sin filo hechas de aluminio.

Por último, se prepararon y nos observaron desde la distancia esperando a que nos infiltráramos en su campamento y así acorralarnos sin poder recurrir al ataque.

Nos dieron dos opciones. O nos convertíamos todos al islam y empezábamos a trabajar las tierras para ellos, o les pagaríamos unos impuestos elevados a cambio de seguir con nuestra fe católica. Si no, no torturarían lenta pero dolorosamente hasta la muerte.

Fui el único que rehusé a convertirme o pagar dichos impuestos que enriquecerían más a su imperio del terror y a aceptar que Jasmine me pudiera haber engañado y utilizado para que no pudiéramos hacer nada al respecto.

Los demás pobladores se convirtieron, pero los más conservadores y pudientes pagaron los impuestos que ofrecían.

A mí me dieron latigazos, me apedrearon y me colgaron en un árbol para que después de mi muerte las bestias salvajes devoraran mi frío cadáver inerte.

Después, Jasmine fue descubierta asesinada misteriosamente, ya que nadie había estado con ella. Tenía marcas alrededor de su cuello como si se hubiera ahorcado, pero eso no tenía ningún sentido ya que estaba en el suelo, su cuerpo estaba en un estado de descomposición bastante avanzado para el tiempo que llevaba muerta y a su lado se hallaba una nota.

“Vengo a reclamar el alma que me prometió todo y me dejó sin nada, para que arda en el infierno y pueda sentir el verdadero dolor eternamente. Y a los que maltratan a todos los feligreses que quedaron y resistieron firmes, les esperará el mismo destino que a ella”